

Rincón del Memorialista

EL ORFEÓN DE GRAUS

En junio de 1918 se publicó en el diario *El Sol*, un artículo de Mariano de Cavia con el título del epígrafe que por su gran actualidad, al referirse a la política de descentralización nos ha parecido oportuno incluir en esta sección:

«Un caso hermoso y ejemplar de descentralización:

Gustavo Le Bon, el renombrado psicólogo de las muchedumbres, ha escrito recientemente:

Irrealizable por medio de las instituciones, la descentralización es realizable por medio de las costumbres. Cuando los intereses locales se agrupan para resolver por sí mismos las cuestiones sin la asistencia del Estado, cuando los Sindicatos, las Cooperativas adquieran cierta fuerza, la descentralización se efectuará por sí propia sin necesidad de ley alguna.

Esto que señala Gustavo Le Bon, refiriéndose principalmente a su país y a los intereses materiales, se puede aplicar de igual manera a España y a aquellos estímulos de orden social y espiritual que se cifran en la educación del pueblo y en el culto del Arte.

¿Cómo dudar, por ejemplo, y sin citar más que este caso, de que los albores de la renaixensa catalana hay que buscarlos en la creación de los Coros Clavé? Sin proponérselo en la política, Clavé fue el descentralizador más activo y práctico que tuvo Cataluña en el siglo XIX; y perdonen los federales, los «mestres en gay saber» y los diversos iniciadores del catalanismo.

Madrid, patria común, tierra de amigos, tendrá dentro de breve plazo ocasión de conocer, y espero que también de aclamar, un novísimo y sorprendente caso de descentralización educativa y artística, no sólo en el orden nacional, sino en el regional.

Si queremos, verbigracia, saludar en tierra aragonesa el gonfalon señero y señorial de la cultura popular por medio de la música, lo natural será buscarlo en Zaragoza, y cuando no en «la Inmortal», en cualquiera de las otras ciudades de Aragón

que, por la capitalidad de provincia, la sede episcopal, la situación geográfica, etc... tienen importancia y medios para cierto género de empresas colectivas.

A nadie se le ocurriría ir a buscar el primer Orfeón aragonés y uno de los mejores y más especiales que hay en toda España, allá en un pueblo arrinconado en las faldas del Pirineo, alejado qué sé yo cuántos kilómetros de toda vía férrea, y sin más significación en nuestra geografía política que la puramente romántica y medioeval de condado... de Ribagorza.

Pues, sin embargo, así es. Una vieja y pequeña villa del Pirineo en quien posee y tremola hoy en todo Aragón —con el más noble de los triunfos, que es el triunfo artístico—, el gonfalon señero y señorial de la cultura popular según el evangelio del apóstol Clavé.

Pero el nombre obliga y el renombre siempre es propicio. Toda España conoce ese pueblo; porque ¿quién no ha oído en España hablar del León de Graus? En aquellos parajes donde resonó por última vez la trompeta apocalíptica de Joaquín Costa —como en otros breñales pirenaicos resonarán los últimos y angustiosos ecos de la épica trompa de Roldán—, suena hoy la voz del pueblo aragonés, llevada por sendos grupos de mozos y mozas de diversas clases sociales, acomodándola a los cantos más expresivos y típicos de la patria, no sólo de la «patria pequeña» sino de la íntegra y total, y a la música con que Beethoven, Bach, Wagner, Schumann, nuestro gran Vitoria y el llorado Granados, rompieron gloriosamente las fronteras.

No ya en lo admirable, sino en lo portentoso, raya lo que esto representa como labor social, como esfuerzo artístico y como ejemplarísimo caso de descentralización realizando en un pueblo de menos de 2.800 habitantes, perdido entre los peñascales del Pirineo y desprovisto de todo amparo oficial.

El Orfeón de Graus, en cuyas notas vibra el pujante y renovador hálito de Joaquín Costa, aspira a que Madrid le conozca y refrende los triunfos en Zaragoza, y no ha mucho en Barcelona, en el suntuoso «Palau de la Música Catalana». A fin de preparar esta expedición —tan honrosa para Madrid como para aquellos generosos campeones del Arte y del renombre de su tierra— se celebrará hoy lunes, a las diez de la noche, una reunión en el Círculo Aragonés, bajo la presidencia de Don Antonio Royo Villanova.

Sirvan las presentes líneas de noticia, así como también de plena adhesión por parte de *El Sol* y de salutación por la mía al benemérito Orfeón de Graus y a su director don Manuel Borguñó, un hijo de Sabadell que merece ser hijo predilecto de toda la España, que con talento y música está forjando su renovación por los medios de la cultura general y la educación de las muchedumbres.

Porque el Orfeón de Graus, si ha sabido descentralizar en Aragón todo lo que suele ser patrimonio exclusivo de las ciudades populosas y prósperas, no ha sido para encerrarse luego en un regionalismo estrecho, en un «localismo» montañés, en una curiosidad lugareña. Todo lo contrario, y ésta es cabalmente la descentralización bien entendida. El Orfeón de Graus, así como por encima de las fronteras y a través de las naciones se asoma a Alemania, y se asimila lo mejor de su música, para

hacerla resonar entre las rocas del Pirineo, se asoma igualmente a toda España para empaparse en sus cantos populares, logrando en la dignificación del gusto ajeno la depuración del gusto propio.

Según mis noticias, que los hechos confirman seguramente, esos modestos y arrinconados deleitantes, como decía don Francisco Goya, a quienes una magistral dirección y el propio tesón aragonés ha dado ya categoría de artistas, lo mismo que «se atreven» valerosamente con Bach, Beethoven y Wagner, la emprenden con los cánticos viejos de Castilla.

Mientras la masa coral —¡fíjese el lector en que esto pasa en Graus!— ensaya nada menos que la «Novena Sinfonía», una señorita del Orfeón hace resurgir con singular donaire las auténticas coplas de la Caramba, la celeberrima tonadillera matritense del siglo XVIII. ¡Mal año para las chabacanas «cupleteras» que andan por ahí rompiendo los oídos y corrompiendo el gusto!

Gusto y del más fino, según mis informes, muestra este Orfeón aragonés en la selección de sus cantos regionales. Son los permanentes y castizos, ni antiguos ni modernos, de un Aragón a quien se viene falsificando posteriormente en ciertas «fiestas de la Jota», que siempre suenan a lo mismo y se cantan y bailan en Filadelfia lo mismo que en la feria de Haro. El Orfeón de Graus, entre otros cánticos de suave color y castizo sabor, entona unas «albas» (las mismas probablemente que saludaron en Sos el nacimiento del que había de ser Fernando II de Aragón y V de Castilla), con las cuales se les refrescará el paladar a los que no conocen más música aragonesa que la «delirante jota», como ponía don José Arana en sus carteles de toros, tan manoseada en la bullanga plebeya como en el artificio teatral.

El Orfeón de Graus ha echado por otros caminos. Así como son innumerables las vías del Señor, son de diversa y fecundas las sendas del revivir hispánico. «¡Oh, España, España!» (exclamaba don Adolfo el Santo, rey de Castilla y León, y yerno del rey de Aragón): ¿quién dirá su variedad y riqueza?